

BÉCQUER, PERIODISTA

De los grandes hombres, unos han podido realizar sus sueños antes de morir, han «tocado su propia gloria», que decía Disraeli. Así, Napoleón, o Pasteur, o Goethe.

Otros, en cambio —y es quizá Cervantes el gran ejemplar de esta categoría, a la cual pertenece Bécquer—, se han muerto sin haber sentido la caricia de la gloria, y sólo han entrado en el Panteón oficial de la Inmortalidad mucho tiempo después de abandonar este pícaro mundo, llevados hasta allí, desde algún humilde cementerio, a hombros de la tardía admiración y de la gratitud de los seres humanos; que admiración y gratitud tienen algo de tortugas: siempre tardan, pero siempre llegan.

(Desde hace años me ha tentado con verdadera pasión, a la cual dedicaré algún día mayor atención y tiempo, la vida de los grandes hombres que no fueron «grandes hombres en vida». La de estos genios que viven anónima y hasta vulgarmente entre sus coetáneos, y que luego, al tomar el tren para el viaje definitivo, se dejan la obra genial en el andén de la vida, como se deja una maleta abandonada al buen cuidado de los demás, o como la mujer que va a morir de hambre o de dolor, abandona, con desgarrado amor, al hijo recién nacido junto al quicio de una puerta.)

Gustavo Adolfo fue un hombre pobre; un pobre enfermo; agraciado en la amistad; desgraciado en amores; funcionario fracasado y expulsado de sus empleos, y, en fin, poeta desconocido de su tiempo, de aquel tiempo que fue, precisamente, un tiempo de Reinas y poetas. La Reina coronó en el Senado al poeta Quintana, y todos los poetas y poetisas de algún renombre ofrecieron un homenaje, organizado por Valera, a Doña Isabel II. Bécquer no figuraba entre ellos. Era sólo un gusano de luz en aquella noche rebotante de astros fulgentes, como los García-Gutiérrez, los Zorrilla, los Núñez de Arce, los Manuel del Palacio.

¿Quién fue, pues, Gustavo Adolfo Bécquer? ¿Quién es ese hombre de treinta y cuatro años, que se muere en Madrid en la Nochebuena de 1870, solitario, e ignorado hasta tal punto de la humana bambolla, que de su muerte no publicará la gran Prensa del día más que un par de renglones?

¿Qué *hizo*, qué *fue* durante su vida? Bécquer *hizo* periodismo, porque

Bécquer fue un periodista. Un periodista que, además, escribió versos.

Ha sido Napoleón el primer Jefe de Estado que utilizó la Prensa como instrumento de Gobierno, hasta tal punto, que, superando a nuestro insuperable Cardenal Cisneros, cuando hablaba de «mis poderes», se refería, a la vez, a su artillería y a su Prensa. (No en balde Napoleón fue periodista durante toda su vida. Joven oficial: escribía. Caudillo: se incautó de la Prensa y la dirigió. Desterrado en Santa Elena, ¿no es el Memorial dictado a Las Cases una fabulosa lección de periodismo? Lección que debía de ser asignatura obligatoria en las escuelas de periodismo, pues, en esas páginas inmortales, se aprende, como en pocos sitios, el difícil arte periodístico de la condensación y de la síntesis. El Emperador poseía, como pocos, esa virtud literaria, a la que Tácito llamaba «imperatoria brevitatis»).

Fue tal la fuerza que imprimió Napoleón a la Prensa, como herramienta política, que, desde sus días hasta los nuestros, la Prensa ha sido el cuarto poder en los Estados democráticos, y el poder, todo el poder, en los no democráticos.

Pero, a pesar de este impulso, puede decirse que la Prensa no entra en su mayoría de edad hasta mediado el siglo XIX, cuando Stuart Mill exclama: «El periodismo comienza a ser para Europa lo que la oratoria política fue para Atenas y Roma». Es, pues, hacia 1850 cuando cristalizan sus inmensas posibilidades políticas, económicas, culturales y sociales. Sólo entonces se advierte su tránsito definitivo para erigirse en uno de los factores decisivos de la vida moderna, es decir, de la Historia moderna. Porque si, como la definió genialmente don Miguel de Unamuno, es la Historia «el motín de ayer, la cosecha de hoy y la fiesta de mañana», ¿qué es un periódico más que eso: fiesta, cosecha y motín? Emilio García-Gómez, ilustre por tantos conceptos, ha dicho en un discurso pronunciado en la Real Academia Española que: «la Prensa es ya una forma de Historia».

Es en este momento palpitante cuando Bécquer se hace periodista, que ésta fue, y no otra, la significación personal y profesional que tuvo en vida.

Si periodismo es amor a la información veraz; si periodismo es el difícil arte de valorar la actualidad; si periodismo es el mágico instinto de la noticia¹, el periodismo ha sido, es y será una de las más puras vocaciones del hombre.

Bécquer la sintió íntegramente, en su grandeza y en su miseria, cara y cruz de toda auténtica vocación. El mismo nos habla, repetidas

¹ Recordemos la excelente definición de Manuel Aznar: «Periodista es el que sabe extraer de las noticias el secreto mensaje que contienen».

veces, de «la fiebre fecunda del periodismo». A ella se entregó plenamente. A ella consagró sus mejores horas de meditación y de trabajo. No hizo del periodismo un sencillo y barato ganapán; ni tampoco —como ocurre tan reiteradamente— un trampolín para saltar a otras actividades más brillantes y lucrativas. Fue periodista..., periodista que concibió su profesión como fin y no como medio. Bécquer creía lo que decía Carlyle: «La Prensa —dijo este extravagante y genial inglés— es en los tiempos modernos una Iglesia militante». O como años más tarde escribiría Maurras, quizá acordándose de Carlyle: «Entrar en el periodismo es entrar en una religión».

Constantemente encontramos en los escritos de Gustavo Adolfo alusiones entrañables a su oficio. «El periódico —escribe desde el Monasterio de Veruela— nos refiere siempre nuestra propia historia: la de nuestros cálculos, nuestras simpatías y nuestros intereses; su lenguaje apasionado habla a un tiempo a nuestra cabeza, a nuestro corazón y a nuestro bolsillo». «El periódico —añade— nos da el tema para proseguir pensando. Le encontramos todas las mañanas en el comedor o en el gabinete de estudio y se le recibe como al amigo de confianza que viene a charlar con la ventaja de que si saboreamos un veguero, mientras él nos comenta la historia de ayer, ni siquiera hay necesidad de ofrecerle uno, como al amigo.» Y en una ocasión en la que está fatigado de tanto escribir, exclama malhumorado: «Un océano sin fondo, un abismo de cuartillas, eso es lo que es un periódico, especie de tonel que, como al de Las Danaides, siempre se le está echando original y siempre está vacío».

Como buen periodista, Bécquer recorrió todos los grados del escalafón profesional. Fue humilde redactor; fue cronista y colaborador; fue fundador y director.

Hizo sus primeras armas en *El Mundo*, y después en *El Porvenir*, los cuales, a pesar de nombres tan sonoros y prometedores, tuvieron vida breve. Rico de estas dos experiencias, fundó, con otros amigos, *La España Artística y Literaria*, revista llena de juventud y vacía de dinero que, naturalmente, fracasó en seguida. Dirigió la *Ilustración de Madrid*, puesto al que le llamó don Eduardo Gasset y Artime, periodista excepcional, uno de los grandes fundadores de la moderna Prensa española.

Ingresó, finalmente, en *El Contemporáneo*, diario en donde realizó, así como en el *Museo Universal*, su larga y serena etapa de escritor.

Larra dijo, y dijo bien, que «escribir en España es llorar». Bécquer, que fue el heredero de Larra en la Prensa, pues, como él, la concibió no solamente como instrumento informativo y político, sino —y ésta fue

su precursora originalidad— como medio poderoso de divulgación y formación cultural, sudó y lloró cuanto escribió: no conquistó honores ni popularidad. Y ni siquiera obtuvo una compensación económica, llegando a cobrar cuarenta reales por artículo. (En la primera edición de sus obras, se dice textualmente: «Obra editada por la caridad». No recuerdo precedente semejante en toda la Historia de la Literatura.)

En nuestros días, y ello me demuestra que estas cosas andan aún poco católicas, Camilo José Cela, en un ensayo sensacional por todos conceptos, afirma que las palabras de Larra no son sólo románticas, sino permanentes, y llama a la literatura «la galera de la literatura».

(Artículo, por cierto, publicado en la revista *Insula*, y quiero aprovechar esta ocasión para declarar que se trata de una de las mejores revistas, no sólo de España, sino de fuera de España, y para recomendarla, insistentemente, a cuantos quieran seguir, con rigor, el movimiento bibliográfico nacional y extranjero de las ciencias y de las artes.)

En los periódicos antes citados, pero sobre todo en *El Contemporáneo*, Bécquer, además de los trabajos propios de toda redacción, publicó, sin firmar, casi toda su obra en prosa: artículos, crónicas y pensamientos. Ensayos y crítica. Las *Leyendas*. Las *Cartas desde mi celda*.

Leyendo toda aquella obra, se queda uno asombrado al considerar el que literatura tan deliciosa y admirable pasara inadvertida en su época. Su prosa se conserva fragante, jugosa y viva, cuando casi toda la hojarasca que acaparó el éxito de aquel tiempo es hoy polvorienta arqueología¹.

Es la de Bécquer una prosa consistente, orquestal. Como música de órgano; melodiosa y profunda. Es cierto que adolece, a veces, de una excesiva retórica, pero no hay que olvidar que por aquellas fechas no dominaban el cine, la radio y la televisión sino el teatro y la oratoria.

Al lado de este defecto, hijo natural de su época, posee Bécquer, con exceso, esas calidades indispensables para que una obra de arte no sea sólo de su tiempo, sino de todos los tiempos.

No voy a hacer un detenido estudio de la obra becqueriana. De esa obra tan llena, como ha señalado José María de Cossío, de «notas finas y notas trágicas». Quede para otra ocasión. Pero sí voy a referirme, de paso y a título de curiosidad, a un descubrimiento personal que he realizado en mis prolijas incursiones por su literatura.

Bécquer era tan antiguo y tan moderno a la vez —síntesis por cierto de todo gran artista— que al lado de la retórica romántica innata en él,

¹ «Tiene más consistencia una estrofa de Bécquer que toda la labor literaria de Pereda, Alarcón, Trueba, Valera y Pardo Bazán.» (Pío Baroja.)

al lado de la pureza clásica de su sistema literario, vemos formas de expresión compatibles con las modas o modos más acusados y originales de nuestra actual literatura. Así, en Bécquer he encontrado los primeros balbucesos de esas metáforas atómicas» a las que medio siglo después Ramón Gómez de la Serna bautizaría con el nombre de «greguerías», dándoles nervio y vida, amén de un sello inconfundible de original creación. Veamos algunos ejemplos:

«Las altas horas de la noche pesan tanto, que muy pocos las pueden soportar.» «Las horas de la madrugada tienen más minutos que las demás.» «Aquella posada estaba ribeteada de fonda.» «Los sauces se inclinan hacia el río, agobiados por una pena invisible.» «En Madrid ni sale ni se pone el sol. Se encienden o se apagan las luces.» «Las margaritas blancas, copos de nieve que el valor de los amantes no ha podido derretir.» «Los cementerios de las grandes poblaciones, llenos de huecos como estanterías de ultramarinos.» «Cuando las sombras del monte bajan a la carrera, los álamos se envuelven en la indecisa luz del crepúsculo.» «Al atardecer, las aguas del río copian, temblando, los horizontes de fuego.»

Y así sucesivamente, que las greguerías —en este caso becquerías— son las cerezas de la literatura: se enredan unas con otras y si tiramos de una de ellas, podemos ir tirando de todas las demás, desde el gran Ramón hasta Homero.

En cuanto a las *Rimas*, también se publicaron, como la prosa, sin firmar. Y como la prosa, pasaron, asimismo, inadvertidas. Los lectores y los críticos de entonces se tragaban el periódico sin descubrir aquellas joyas que tenían delante de los ojos. Exactamente como los negros que engullen la ostra y escupen la perla.

Las voces más autorizadas de nuestra literatura contemporánea, como Juan Ramón Jiménez, como Dámaso Alonso¹ y tantas otras, han dicho ya de las *Rimas* cuanto había que decir. Nada nuevo podría yo añadir a tan preclaros juicios. Pero quiero consignar, ya que no mi opinión, mi personal emoción: cada vez que me he deleitado con una de las inmortales estrofas, se me ha antojado Bécquer como uno de esos medio brujos que van con su varita buscando el agua redentora por los campos de Dios. Así, Gustavo Adolfo, con su pluma, busca el latido redentor del humano corazón. Bécquer, poeta, fue lo que nuestro Baltasar Gracián gustaba de llamar «un zahorí del corazón».

GREGORIO MARAÑÓN MOYA

¹ Rafael de Balbín, Gamallo Fierros.